



Retiro de Navidad

Poner a Jesucristo en el centro de nuestra fe

Poner a Jesucristo en el centro de nuestra fe

Una urgencia y desafío: es lo primero y más decisivo: poner a Jesucristo en el centro de nuestra fe. No hay nada más urgente que despertar de un sueño que nos ha llevado lejos del Salvador. Se trata de renovar nuestra fidelidad a Jesucristo. De muchas maneras nos hemos ido olvidando y relegando al que es la “causa de nuestra salvación”. Ya nos lo han planteado los obispos en Aparecida y nos han invitado a tener el encuentro personal con Jesucristo vivo, clave de una vida cristiana auténtica.

Entramos al tiempo litúrgico de Adviento. Es un precioso tiempo para renovar la espera y la esperanza. La espera del Niño que nace en Belén de Judá y la esperanza de su

segunda venida en gloria y majestad a juzgar la historia. La primera venida centra nuestra atención en el recuerdo, siempre tierno y amable, alegre y pacífico, del Nacimiento de Jesús en Belén. Y la segunda venida, motivo de nuestra esperanza, es la Venida escatológica de Jesucristo, al final de los tiempos, y entonces vendrá como Juez victorioso para llevar a cabo el juicio definitivo sobre la historia y los hombres. La liturgia de Adviento marca esta segunda venida, motivo de nuestra esperanza, en las dos primeras semanas así como las dos últimas se centran en el misterio navideño.

Darle cabida al misterio de Dios hecho hombre, al que María y José reciben como familia humana,

es romper la cultura del olvido y del silencio con que la cultura actual pretende hacer desaparecer toda referencia al tema de la Navidad en su sentido cristiano. El Hijo de Dios pone su tienda, su morada, su casa en nuestra tierra e inicia el camino de su peregrinación entre nosotros como uno más, sin dejar de ser verdadero Dios y verdadero hombre. Olvidarlo es suponer que no necesitamos salvación ni vida eterna. Así parece instalarse la vorágine del consumo por el consumo.

Necesitamos volver a Jesucristo para hacernos parte de su camino entre nosotros. Esto reclama una fe viva y comprometida que acoja y adhiera a la gran oportunidad de ser liberados de nuestra cautividad más honda, el pecado cuyo fruto es la muerte eterna. Pero ¿aceptamos que somos cautivos del pecado, de perder a Dios para siempre? Pero también ¿queremos ser liberados de nuestra cautividad? ¿No nos estaremos acostumbrando a vivir encerrados en nuestro mundo puramente material? ¿Hay espacio todavía para la esperanza y para la espera de Adviento?

El hombre de este siglo XXI, considerado como “posmoderno”, no sabe si espera o no espera. Se ha incapacitado para la espera porque vive de lo inmediato y se conforma con ello. Vive al instante y es puro presente viviendo en un “aquí y ahora” puntual. Sus logros materiales no están a la par de su desarrollo espiritual; más bien, se ha quedado sin este último desarrollo, siendo éste tan importante para que la vida tenga sentido y trascendencia.

El desarrollo material es esplendoroso pero no así el desarrollo humano – moral y espiritual. Se ha instalado la superstición, la

consulta a los hechiceros, necesita de magos que le ayuden a superar sus límites que no los desea pero está ahí. Se refugia en los mundos artificiales que le ofrecen las drogas y las múltiples ofertas del goce infinito. Pero junto a esto, sabe que nada de aquello le puede liberar como tampoco su inteligencia o sus fuerzas lo pueden hacer: está encerrado en una cruel atadura: el vacío interior. El hombre se queda vacío rodeado de todo lo exterior. Y una persona que vive sin sentido trascendente, que ha despachado la dimensión trascendente y espiritual de su vida, se enreda en el mundo de las cosas tangibles.

Detrás de esta pantalla de felicidad se esconde, agazapada, la pregunta que pretende ahogarse con consumo compulsivo. ¿Hasta cuándo puedo seguir negando la necesidad de salvación que grita dentro de mí?

Para que la espera no carezca de sentido, exige esperar a Alguien, Alguien que realmente viene, que se deja encontrar. Entonces la espera se convierte en un ir al encuentro del que viene y eso exige estar preparados, vigilantes, despiertos. La espera se vive como un movimiento, un dinamismo, un anhelo gozoso. Adviento es un movimiento de la espera de Jesús que viene a nuestro encuentro.

Pero ¿cómo tener la certeza que efectivamente la espera se dirige a Alguien que viene? La Palabra de Dios que nos acompaña en nuestro Adviento nos habla de las esperas y búsquedas del hombre, iluminando cuanto se agita en el corazón y en la mente del hombre. La Palabra nos invita a perseverar en la espera y, al mismo tiempo, anuncia el cumplimiento de la espera.

Se trata de preparar el corazón, preparar el camino, allanarlo, hacerlo transitado, separar el trigo de la paja, purificarse, convertirse. Hay que abrir el corazón y la mente para que la Palabra se anide dentro de cada uno y allí vaya transformándolo. La espera no es tiempo pasivo sino muy dinámico y apasionante. El Adviento es una gran oportunidad para renovar el fuego interior, tan necesario para hacer camino.

La espera no es sólo una palabra. Adviento nos propone modelos de espera, personas de carne y hueso como nosotros. Son personas que han dejado salir el fuego interior y han vi-

vido el encuentro tan anhelado. En Adviento fijaremos nuestra atención en el profeta Isaías, en la persona de Juan Bautista, en María, la Elegida para ser la madre del Mesías que viene, y en José, el justo que acepta ser esposo de María. Ellos han vivido la espera, todos son partícipes de las promesas divinas hechas a Israel, el pueblo escogido por Dios. Son nuestros modelos, cada uno desde su propia identidad, que nos propone el Adviento, tiempo de espera y de esperanza.

Isaías es el profeta de la esperanza ante un pueblo de Israel tantas veces sacudido por los dolorosos acontecimientos de la infidelidad a

